LIBRO SEGUNDO

1812-1815

CAPITULO PRIMERO

Los triunfos de Morelos obligan al virey á modificar su plan de ataque contra Zitácuaro. — Calleja se pone en movimiento y llega á vista de la villa el 1º de enero de 1812. — Dificultades que halló en su marcha el ejército realista — Medios de defensa de los independientes, Los ataca Calleja el 2 de enero. — Toma de Zitácuaro. — Don Ramón Rayón, herido. — Pérdidas de los independientes. — La Junta se traslada á Tlalchapa y luego á Sultepec. - Bando bárbaro de Calleja. - Saqueo é incendio de Zitácuaro. - Porlier sale de Toluca y ocupa sucesivamente á Tenango y Tenancingo - Primera acción en la barranca de Tecualoya el 3 de enero. - Triunfo de Porlier. -Morelos, Bravo y Galeana muévense contra Porlier. - Segunda acción de Tecualoya el 17 de enero y descalabro de los realistas. -Retírase Porlier á Tenancingo y se fortifica en este pueblo. – Derrota de Porlier el 22 de enero. – Su retirada á Toluca. – Morelos se dirige á Cuautla, donde entra el 9 de febrero. — Vigorosos preparativos de Venegas para destruir á este ilustre campeón de la independencia. — Tropas españolas que llegan á Veracruz en el mes de enero (1812). — Ordena Venegas á Calleja que marche á combatir á Morelos. — Resistencia de Calleja á cumplir las órdenes del virey. — Hace dimisión del mando y Venegas nombra jefe del ejército del Centro al brigadier Irisarri. — Descontenta al ejército ese nombramiento — El virey ruega á Calleja que siga en el mando de las tropas. — Carta de Calleja. — Entra en México al frente de su ejército. — Festejos con que es recibido por el partido español. — Concesión de gracias y ascensos. — Promoción general. — Disgusto que ésta causa á los oficiales americanos. — Ordena Venegas la salida del ejército del Centro contra el general Morelos. — Instrucciones que da á Calleja. — Plan de campaña. — Sale de México el ejército y acampa á dos leguas de Cuautla el 17 de febrero. - Sucesos militares ocurridos en otras partes del vireinato después de la toma de Zitúcuaro. -Don Manuel de Mier y Terán establece una fundición de cafiones en Sultepec. — Las partidas de los Llanos de Apam atacan á Tulancingo y son rechazadas. - Albino García en Guanajuato y Michoacán. - García Conde ahuyenta á los independientes de San Miguel el Grande - Combates en la parte septentrional de la intendencia de Guanajuato. - Palma milagrosa que dijo haber visto el comandante Torre. - La revolución en Oaxaca en enero de 1812. - Trujano propaga la insurrección en la Mixteca. - Don José Régules Villasante recibe el mando de las tropas destinadas á combatir la revolución. — Es atacado en Yanhuitlán y rechaza á los independientes. — Reaparece la revolución en Nueva Galicia. — Negrete desbarata una gruesa partida de insurgentes á principios de enero. — Ventajas del coronel don Manuel del Río.— Agitación revolucionaria en la provincia de Veracruz á principios de 1812.— Don Guadalupe Victoria se pone al frente de las guerrillas de la costa desde mediados del año anterior. — Junta de Naolinco. — Reflexiones.

Abrióse el año de 1812 con el ataque que dirigió contra Zitácuaro el general Calleja. Hemos dejado á este distinguido jefe realista, hacia mediados de diciembre del año anterior, en San Felipe del Obraje ¹ al frente del ejército del Centro, en espera de pertrechos y elementos de guerra que debía enviarle de México el gobierno vireinal, y dando tiempo á los movimientos de tropas que tenía combinados con Porlier.

Los triunfos repetidos que por aquellos días alcanzó Morelos al sur de Puebla, en Chiautla, Izúcar y la Galarza, obligaron á Venegas á modificar el plan de campaña contra Zitácuaro. Lejos de enviar refuerzos á Calleja, hizo volver á México, desde Querétaro, al teniente coronel Andrade para que con su batallón marchase á engrosar las tropas de Puebla, y previno á Porlier que

no se moviese de Toluca, temeroso de un golpe de mano de los insurgentes, aunque ordenándole que enviase á Calleja el batallón de la Corona que formaba parte de la guarnición de esa última ciudad. Encaminó en la misma dirección un centenar de dragones de Puebla y algunos obuses de bronce fundidos en México por el célebre Tolsa bajo la inspección del coronel de artillería don Antonio Ponce, y prescindiendo del plan de ataque que había formado y prescrito á Calleja desde algunos meses atrás, dejó á éste en libertad de adoptar el que creyese más conveniente.

El ejército del Centro, fuerte de dos mil ochocientos infantes, mil indios zapadores, dos mil doscientos caballos y veintitrés cañones de diversos calibres, se puso en movimiento hacia Zitácuaro el 22 de diciembre (1811), llegando al anochecer de ese mismo día á la entrada de

¹ Capítulo XVI, lib. I.

la sierra, que por todos lados rodea á aquella población en distancia de doce á veinticinco leguas. Penosa fué desde entonces la marcha de los realistas á través de una serranía áspera y salvaje, cortada por barrancas y precipicios, cubierta de espesos bosques que en casi todo el año, pero especialmente en la estación del invierno, se hallan envueltos por densas nieblas acompañadas de lluvia y de hielos que forman resbaladeros en las laderas y profundos pantanos en los bajíos. A estas dificultades naturales se juntaban zanjas, árboles derribados y gruesos peñascos que los independientes habían abierto y aglomerado con anticipación en las estrechas sendas para retardar el paso de sus enemigos, lo cual lograron alcanzar, pues el ejército realista tardó ocho días en recorrer doce leguas hasta ponerse á la vista de Zitácuaro, y alguna vez, en veinticuatro horas no le fué posible avanzar más de media legua 1. Su caballería sufrió mucho por la falta de forrajes, y si la tropa no padeció por la escasez de víveres debido fué á la previsión de Calleja que hizo marchar tras la columna más de mil mulas cargadas con provisiones abundantes.

Después de vencer tantos obstáculos, á fuerza de trabajo y constancia, Calleja y su ejército acamparon en la loma de los Manzanillos y á vista de Zitácuaro el 1.º de enero de 1812. Dentro de esta villa había, según los informes dados al general español por varios espías que vivían en ella, treinta y seis cañones colocados en baterías bien construídas y hábilmente situadas; setecientos hombres armados de fusiles y con cierto grado de disciplina, y veinte mil auxiliares, en su mayor parte sin armas, procedentes de los pueblos inmediatos que se reunían al primer llamamiento y que se destinaban á ocupar las alturas para arrojar grandes piedras que dañasen al enemigo ó embarazasen su marcha. Circunvalada la villa por un foso que medía una legua de perímetro, se hallaba, además, fortificada por un parapeto de tres varas de espesor y por cuatro baterías situadas en los puntos más accesibles de la línea de defensa 2. Con tales elementos, sin embargo, no era fácil contrastar los formidables que tenía en su mano el general Calleja, y así lo conoció don Ramón Rayón, quien aconsejó á su hermano que era preferible el abandono de la plaza á exponerse á una derrota segura que sumiría en el desprestigio á la Junta Suprema. Su hermano convino en ello, pero resolvió esperar el ataque, tanto por consideración á los indios

¹ Calleja escribía á Venegas en el curso de esta fatigosa marcha: «...Hace cinco días que no cesa de llover y nevar, y otros tantos que ha tardado el ejército dos leguas que tendrán á lo sumo las dos cañadas de la Hoya de la Virgen y de San Mateo, á cuya salida estoy situado, á tres leguas de Zitácuaro; ellas son intransitables por naturaleza, y los enemigos las habían convertido en derrumbaderos deshaciendo sus estrechas veredas, abatiendo centenares de gruesos árboles, de que están cubiertas, y abriendo profundas zanjas que ha sido necesario cubrir á costa de inmensa fatiga. En muchas partes ha sido necesario abrir camino, y en casi todo él llevar á brazo la artillería, los carros de municiones y los de los enfermos ..» (Bustamante. — Campañas de Calleja, pág. 142).

² Bustamante. — Campañas de Calleja, págs. 136 y 137.

de aquellos pueblos, cuyos auxilios y servicios le eran tan necesarios, como porque creía firmemente que en el caso de abandonar la villa esos mismos se opondrían, pues la consideraban inexpugnable después de los reveses que en ella habían sufrido sucesivamente las divisiones de Torre y de Emparán.

Calleja reconoció las fortificaciones de Zitácuaro sin más oposición que la de algunos cañonazos tirados sin efecto sobre su escolta, y con las observaciones que pudo hacer formó durante la noche su plan de ataque, y en la mañana del día siguiente, 2 de enero, lo puso en ejecución.

Llegado el momento, situó una batería sobre la loma de San Juan el Viejo, punto dominante desde el cual flanqueaba por completo el atrincheramiento del centro de la plaza, y protegidas por sus cañones, movió sus columnas, proponiéndose caer sobre la espalda del enemigo mientras aparentaba formalizar el ataque por el frente. Una de aquéllas, mandada por García Conde, recibió la orden de marchar por caminos extraviados y atacar por la retaguardia en el punto que considerase más débil, en tanto que Calleja con el grueso del ejército, dividido en tres secciones, á las órdenes respectivamente de Castillo y Bustamante, Jalón y los tenientes coroneles Oroz y Meneso, embestía con brío el centro y derecha de los insurgentes, dejando atrás una fuerte reserva á las órdenes de los coroneles Oviedo y Rul, y del marqués de Guadalupe Gallardo.

A las once de la mañana principiaron los movimientos de las columnas realistas protegidas por el fuego de sus baterías, al que respondieron con vigor los cañones de la plaza. Grandes estragos causaron en las tropas del rey las bien dirigidas descargas de los reductos, pero avanzando aquéllas más y más, preciso era que un fuego sostenido de fusilería completase la obra mortífera de los cañones. Eso era lo que faltaba á los independientes, que empezaron á desconcertarse ante la marcha de las columnas enemigas. La división de García Conde pasó por un puente, prevenido al efecto, al recinto de la plaza, lo cual, observado por Castillo y Bustamante, le hizo avanzar con más presteza entrando en la población por la derecha y acuchillando á un cuerpo de caballería de soldados de Tierra Caliente. No tardaron en seguir su ejemplo la columna de Jalón y las reservas mandadas por Calleja en persona; y si bien la defensa fué tenaz y se sostuvo por los independientes brava y ruda pelea, al fin se vieron obligados á ceder y acabaron por ponerse en fuga. Don Ramón Rayón hizo durante el combate prodigios de yalor, y no se retiró sino cuando vió retroceder atropelladamente y en confusión la línea que atacó la división de las reservas. En estos momentos una bala de cañón abrió por el pecho el caballo que montaba, y dió tan fuerte caída que lo tuvieron por muerto, y de sus resultas perdió un ojo: debió la vida á su asistente Joaquín Ruiz, que lo puso en salvo aunque recibiendo él mismo cinco heridas.

Perdieron los independientes en esta infausta jornada, y después de una sangrienta lucha de cuatro horas, toda la artillería, inmensa cantidad de municiones, un taller de armería, una maestranza, vasto acopio de víveres y cien hombres entre muertos y heridos, no siendo más porque Calleja no siguió al alcance de los fugitivos, á causa del lamentable estado de su caballería después de las penosas marchas que acababa de efectuar. Mayor fué la pérdida de los realistas en muertos y heridos, pues sólo en el foso enterraron ochenta de los primeros, ignorándose cuántos fueron sepultados en otros lugares.

Fué ciertamente la pérdida de Zitácuaro uno de aquellos acontecimientos funestos que suceden contra todos los cálculos de la razón y contra todas las combinaciones de la ciencia militar, si bien debe culparse á don Ignacio Rayón de poco previsor antes del combate y de flojedad para sostenerlo. Golpe funesto fué también esa derrota para la Junta, que perdió en prestigio más que la causa de la independencia en el terreno de las armas. Los miembros que la formaban se retiraron primeramente á Tlalchapa y de allí pasaron al mineral de Sultepec, quedando en este último lugar Liceaga y Berdusco, pues Rayón se separó luego para tomar el mando de las fuerzas con que intentaba obrar sobre Toluca.

Al abandonar la villa, dejó Rayón de intento sobre su mesa varios papeles relativos á la representación que secretamente habían dirigido por esos días los miembros del consulado de México al de Cádiz pidiéndole tropas españolas, por considerar insuficientes las americanas para la conservación del dominio europeo en México, desahogándose con ese motivo en denuestos é injurias contra los americanos. Estas revelaciones hicieron grande impresión en los oficiales americanos que seguían á Calleja, pues quedaron hondamente resentidos del modo indigno con que se premiaban sus servicios, y muchos de entre ellos, desde entonces, cesaron de alentar el odio que habían declarado á la causa de la independencia ¹.

Dueño Calleja de Zitácuaro, que por dos veces había visto desbaratadas las tropas del rey, y en cuyo recinto se alzó y ejerció sus funciones la Junta Suprema, quiso hacer en ella y sus habitantes un terrible castigo. Mandó fusilar desde luego á diez y nueve de los prisioneros que cayeron en su poder, y el 5 de enero publicó un bando salvaje ² por el que ordenó que todos los vecinos, sin distinción de condición, edad ni sexo, saliesen dentro del término de seis días, permitiéndoles llevar lo que pudiesen de sus bienes, para que á la salida del ejército fuese la villa reducida á cenizas. Las tierras, así de propiedad común como particular, fueron aplicadas á la Real Hacienda; los indios quedaron privados de sus derechos,

ofreciendo á éstos y á los demás habitantes que depusiesen las armas dentro de ocho días, el perdón de la vida, pero no la restitución de sus bienes, debiendo ser, los primeros, destinados á allanar las fortificaciones levantadas para la defensa de aquel punto. Todo pueblo que admitiese á los individuos de la Junta ó á cualquier comisionado de ellos ó que resistiese á las tropas del rey, quedaría sujeto á las mismas penas. Debía trasladarse la cabecera del distrito á Maravatío, y se prohibió que volviese á formarse allí población.

El conde de Casa Rul, nombrado gobernador de la conquistada villa, fué el encargado de la ejecución de este bárbaro decreto. Antes de salir de ella las tropas del rey se les concedió licencia para saquear todas las casas, y después de haberla evacuado, siniestros resplandores se alzaron por los cuatro puntos, y las llamas consumieron en pocas horas á la noble Zitácuaro convirtiéndola en informe y negro montón de ruinas calcinadas. Calleja destacó la división de García Conde hacia el Bajío con la orden de perseguir las partidas que hubiese por aquel rumbo y de asegurar la comunicación entre México y Valladolid, y él mismo marchó con el resto del ejército á Maravatío con el propósito de concluir la pacificación de las provincias centrales, hondamente perturbadas por los independientes durante su marcha contra la rebelde Zitácuaro.

Así acabó esta célebre expedición, "en la que un general español ejerció, en pleno siglo xix, actos para los cuales no es competente la misma soberanía, despojando á los habitantes que se reconocía y confesaba ser inocentes, de sus propiedades urbanas; privando á la colonia de una de sus poblaciones, y dando para lo sucesivo un ejemplo pernícioso que no dejó de tener imitadores; todo por una resolución emanada de su simple beneplácito 1. Pero hecho tan bárbaro sólo produjo mengua y baldón para sus autores, porque la heroica Zitácuaro renació de sus cenizas y después de muchos años volvió á ser uno de los firmes baluartes de la libertad mexicana.

Mientras Calleja y su ejército avanzaban difícilmente hacia Zitácuaro en los postreros días de 1811, el coronel Porlier, que hemos dejado en Toluca, quiso tentar, con conocimiento y aprobación de Venegas, un golpe de mano contra los insurgentes que ocupaban Tenango y sus inmediaciones. Efectuó su salida de Toluca al frente de una respetable sección, y el 30 de diciembre se hizo dueño, sin combatir, del cerro de aquel lugar, en el que halló nueve piezas de artillería abandonadas por los insurgentes. Al día siguiente, último del año, entró sin resistencia en Tenancingo, hallando al pueblo casi

BUSTAMANTE — Cuadro histórico, tomo II, pég. 215.
Gaceta de México de 11 de febrero de 1811. — Colección de

² Gaceta de México de 11 de febrero de 1811. — Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 7.

J. M. L. Mora. — México y sus revoluciones, tomo IV, página 280.—Aparte de Zitácuaro, Calleja mandó quemar los siguientes pueblos de los alrededores: San Mateo, San Bartolo, San Andrés, Santa María, San Francisco, San Juan, San Miguel, Huantepec, Nayarit y Ziracuato. (BUSTAMANTE. — Campañas de Calleja, página 151).

desierto, porque sus moradores, entre quienes corrió el rumor de que iban á ser degollados por los realistas, huyeron despavoridos á los bosques de las cercanías.

El 3 de enero de 1812, Porlier avanzó hasta la barranca de Tecualoya, sabedor de que los independientes que antes ocupaban Tenango se habían fortificado en ese punto áspero y revuelto, donde situaron su artillería de modo que pudiese enfilar el único camino que debían seguir los realistas. Un vivo cañoneo recibió á éstos apenas se presentaron en el borde opuesto del barranco, que fué sostenido por los fuegos de una batería

que Porlier mandó situar enfrente. Después de un largo rato y cuando el coronel realista hubo notado algún desconcierto en las filas contrarias, desprendió una fuerte columna al mando del capitán Calderón y del teniente de navío Michelena, quienes, bajando con presteza al fondo del barranco y subiendo luego al lado opuesto, protegidos por la batería, arrollaron á los independientes y se apoderaron de tres cañones y de una gran cantidad de víveres y municiones. Porlier no creyó prudente, á pesar de esta victoria, avanzar más allá de las posiciones conquistadas y retrocedió hasta Tenancingo.



General don Ramón Rayón

Morelos, á quien hemos dejado en el capítulo anterior en Cuautla, y á Bravo y Galeana en Taxco, habían efectuado, entretanto, un movimiento convergente hacia las posiciones que Porlier ocupaba en Tenango y Tenancingo, y á poco supo éste que grandes masas de insurgentes se habían posesionado nuevamente de la barranca de Tecualoya; eran, en efecto, las partidas que mandadas por Oviedo combatieron algunos días atrás en el mismo lugar; pero esta vez una gruesa división, á las órdenes de Galeana, se hallaba en el pueblo de Tecualoya, y el resto del ejército, con Morelos á su frente, avanzaba á gran prisa para unirse á sus compañeros. Quiso Porlier anticiparse á esta formidable reunión, y el 17 de enero salió de Tenancingo, y encontrando al enemigo en la

misma posición que en el ataque anterior, adoptó igual plan para desalojarlo. Apenas se rompió el fuego de cañón, gruesas columnas realistas al mando de los capitanes Calderón y Cos y del teniente de navío don Pedro de Toro, treparon al lado opuesto del barranco; pero en este atrevido asalto hallaron una resistencia furiosa, no obstante la muerte del jefe independiente Oviedo, que cayó en tierra á poco de haber comenzado la refriega. La ventaja quedó al fin por los soldados del rey, que se hicieron dueños de dos piezas de artillería y persiguieron á sus contrarios hasta el pueblo de Tecualoya.

Galeana, que había salido violentamente en auxilio de Oviedo, se vió forzado á encerrarse en el pueblo que acabamos de nombrar, fortificándose en él á toda prisa y decidido á sostenerse para dar tiempo al avance del grueso del ejército. Siguió combatiendo con bravura, y en medio de la pelea podía vérsele acudir á todos los puntos y afrontar la muerte con calma en los sitios de mayor peligro. De repente saltó los parapetos seguido de algunos de los suyos y se abalanzó sobre las piezas que estaban más próximas, dió muerte á los soldados que las servían y volvió con ellas al perímetro fortificado del pueblo. Este atrevido golpe de mano desconcertó de tal suerte á Porlier que ordenó desde luego la retirada, y como fuese vivamente perseguido por los independientes,

abandonó á su paso por la barranca los cañones que acababa de arrebatarles, y no dudando que Morelos marcharía en breve á atacarle, se ocupó activamente en fortificar á Tenancingo.

Así sucedió, en efecto, pues apenas tuvo noticia este general de la muerte de Oviedo y del ataque que sostuvo Galeana con tanta intrepidez, apresuró su marcha en unión de los Bravos y de Matamoros. A su paso por Tecualoya se le incorporó Galeana, y reunidas bajo su mando superior todas las divisiones del pequeño ejército, se presentó delante de Tenancingo en la mañana del 22 de enero.



General don Manuel de Mier y Terán

A medio día rompieron los independientes sus fuegos sobre los parapetos improvisados por Porlier, y varias columnas intentaron el asalto, pero fueron rechazadas con pérdidas considerables, logrando, sin embargo, situar ventajosamente su artillería, con la que batían la plaza del pueblo. El jefe realista hizo una salida vigorosa y entró en su fortificado recinto llevando dos cañones que pudo arrebatar á los contrarios. Creció en furia desde entonces el combate, y no fué parte la oscuridad á menguarla; á las once de la noche Porlier incendió las principales casas del pueblo situadas en la plaza, y considerando imposible continuar la defensa, abandonó á Tenancingo con los restos de su división, dejando en poder de los independientes toda la artillería, el cadáver

del teniente de navío Michelena, un gran número de prisioneros y considerable cantidad de pertrechos de guerra. Bravo marchó en persecución de los realistas, pero sin avanzar mucho por la fatiga de sus caballos, por lo que Porlier llegó á Tenango sin ser molestado y de allí se dirigió á Toluca, cuyos habitantes pudieron ver entrar á su división en completa derrota, sin artillería y conduciendo gran número de heridos.

Morelos, después de esta victoria y dejando en Tenancingo al coronel Marín, salió rumbo á la *Tierra Caliente*; pasó por Cuernavaca, recogiendo abundantes elementos en las ricas haciendas del valle de este nombre, y el 9 de febrero entró en Cuautla de Amilpas seguido de tres mil hombres y de sus valientes compa-

ñeros los Bravos, Matamoros y Galeana. Era su intento, según lo manifestaba en carta dirigida á Rayón ¹, marchar hacia Puebla y atacarla, prometiéndose entrar sin dificultad en la segunda ciudad del vireinato.

La derrota de Porlier consternó á los realistas de la capital y obligó á Venegas á dirigir toda su atención hacia el más capaz y valiente de todos los campeones que habían alzado hasta entonces la bandera de la revolución. Enmudeció la antes parlera *Gaceta* del gobierno colonial y nada apareció en sus columnas referente á los desastres de Porlier en Tecualoya y Tenancingo; hiciéronse rogativas en los templos por la derrota de los insurgentes, y el virey resolvió desplegar todos los recursos de que podía disponer para lograr el exterminio del cuerpo de ejército mandado por Morelos.

Vinieron por este tiempo á aumentar el número de las tropas realistas los batallones de Asturias y de Lovera, que procedentes de España, desembarcaron en Veracruz, respectivamente, el 14 y 16 de enero, siendo recibidos con las mayores muestras de regocijo por los realistas de ese puerto. Explican la venida de esos batallones, precisamente cuando la metrópoli luchaba con mayor ardimiento contra la invasión francesa, las reiteradas peticiones que el consulado y los particulares dirigían á la Regencia en solicitud de soldados españoles que reemplazasen á los mexicanos, de quienes se temía que tarde ó temprano se unieran á sus compatriotas. A los batallones que acabamos de nombrar siguió poco después el primero del regimiento de infantería de América, que llegó á Veracruz el 20 de enero á bordo del navío Asia, trayendo á su cabeza al brigadier don Juan José de Olazabal, y en el mismo buque vino el mariscal de campo conde de Castro Terreño. Todas estas tropas se pusieron desde luego en marcha hacia la capital descansando algunos días en Jalapa y Puebla.

Venegas, armándose de energía en vista de la situación angustiada que habían producido los sucesos militares en el sur de las intendencias de México y Puebla, dió órdenes reiteradas á Calleja, que se hallaba en Maravatío al frente de la división que había vencido en Zitácuaro, para que avanzase hacia Toluca y marchase al encuentro de Morelos. Pero Calleja manifestó al virey que la distancia de setenta leguas que le era preciso recorrer, para hallarse frente á frente del nuevo y terrible enemigo que se presentaba, destruiría seguramente su cuerpo de ejército, bastante fatigado ya por la ruda campaña que acababa de acometer. Encarecíale la necesidad de acudir con él á la persecución de las numerosas partidas que henchían el Bajío, y terminaba proponiéndole que para combatir á Morelos se formase otro ejército de las tropas situadas en México, Puebla y Toluca y de las que próximamente llegarían de España 2, y que en efecto desembarcaron por esos días en Veracruz, como hemos dicho más arriba. El obispo electo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, apoyaba las razones de Calleja representando al virey la ruina indefectible á que quedarían expuestas las provincias de su obispado separándose de ellas el ejército del Centro.

Insistió Venegas en ordenar el movimiento que tenía dispuesto, y Calleja púsose al fin en marcha saliendo de Maravatío el 23 de enero, pero tres días después, y desde Ixtlahuaca, presentó su renuncia, que le fué aceptada inmediatamente, nombrando el virey en su lugar al brigadier don Santiago Irisarri, militar que era enteramente desconocido en el ejército, y en el que produjo un descontento unánime. Cedió Venegas ante la ley de la necesidad y escribió á Calleja exhortándole á que retirara su renuncia, conjurándole para ello en nombre de los más caros intereses de la patria, aunque terminaba con decirle, que si no se consideraba capaz de soportar las fatigas de la campaña, se lo comunicase sin pérdida de tiempo para tomar la correspondiente providencia 1.

Calleja contestó desde Toluca en los siguientes términos, que revelan con bastante claridad las diferencias que se habían suscitado desde tiempo atrás entre los dos personajes más importantes del partido español:

«Excelentísimo Señor.—Me ha sorprendido la copia de la representación de los jefes de este ejército, adjunta al superior oficio de V. E. de ayer á las once de la mañana, en la que, entre otros, dan por origen de las enfermedades que sufro, la sensación que pueden haber hecho en mi espíritu murmuraciones y hablillas despreciables, á las que soy tan superior, que miro con lástima al débil que, no encontrando el camino del honor y de la gloria, entra por las sendas tenebrosas de la negra calumnia.

- »Este ejército, restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco parciales, está muy á cubierto de toda murmuración racional y yo muy tranquilo sobre este punto.

»Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho á exigir de mí, sin pretensión ni aun á que se conozcan: y si ahora hablo de ellos, es porque la necesidad de desvanecer hasta el más leve indicio de que los economizo por resentimientos, me obliga á ello.

»Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección, y este propio ejército, cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiarme, se compone de ellas en su mayor parte. Abandoné mis intereses que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo: dejé mi familia en la ciudad de mi residencia, para alejar de sus habitantes la sospecha de que temía se perdiese: la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes, cayó en sus manos, y por miras interesadas me la volvieron escoltada por sus tropas, con la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano, me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían veinte mil pesos de renta anual y me acordarían la graduación de general americano.

»Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de los rebeldes, y soy, final-

¹ Alamán. – Historia de México, tomo II, pág. 468.

² Bustamante. — Campañas de Calleja, pág. 165.

¹ Bustamante. — Campañas de Calleja, pég. 167. — Alamán. — Historia de México, tomo II, pég. 473, edición de 1850.

mente, el único que, después del ataque que padeció mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, se puso á la cabeza de sus tropas casi mortal, y ha continuado un año á la del ejército en los mismos términos.

»Todo es notorio, como el sincero deseo del bien público que me ha conducido, y si los miserables restos de salud que me quedan fuesen útiles á mi patria, no dude V. E. un momento que los sacrificaré; pero ella me ha reducido á término que por ahora me es absolutamente imposible continuar con un mando que tantos obstáculos pone á su restablecimiento. Si puesto en sosiego, régimen y curación metódica (lo que no es combinable con la situación actual) restableciese mi salud, lo manifestaré á V. E. sin perder instante, á fin de que me emplee en cuanto me crea útil; por lo que ruego á V. E. nuevamente se sirva nombrarme sucesor. Dios, etc. Toluca, Febrero 1.º de 1812, á la una y media de la tarde.»

Quizás mediaron otras cartas entre el virey y el arrogante jefe del ejército del Centro, quien acabó por acceder á lo que el primero le indicaba, y al efecto siguió con sus tropas á la capital, llegando el 5 de febrero.

Solemne fué el recibimiento que hallaron los soldados de Calleja en la ciudad de México, pues los españoles en ella avecindados se esforzaron en demostrar su ardiente simpatía á los que con más éxito habían combatido por la dominación. En toda la carrera comprendida entre el Paseo Nuevo y el Palacio se alzaron arcos de flores, y los balcones de las casas ostentaban lujosas colgaduras. A las doce de aquel día una salva de veintiún cañonazos anunció la llegada de la vanguardia á las puertas de la ciudad, donde esperaban los principales jefes de la guarnición; marchaba Calleja al frente de su ejército, en medio de un numeroso estado mayor y seguido de lucida escolta, y venían luego los batallones y escuadrones, contando los primeros dos mil ciento cincuenta hombres y los segundos mil ochocientos treinta y dos caballos. El ejército desfiló delante del Palacio, en cuyo balcón principal se hallaba el virey que saludaba y aplaudía á los soldados. Detrás de las tropas marchaban el parque, la artillería y las provisiones, y cerraban la marcha gruesas bandas de mujeres cargadas de los despojos arrancados á la vencida é incendiada Zitácuaro.

Pero las muestras de entusiasmo de los españoles se extremaron tratándose de Calleja, á quien consideraban ya como el forzoso sucesor de Venegas y el más fuerte apoyo de sus intereses egoistas y mezquinos. Hospedado en la casa del conde de Casa Rul festejábanle á porfía con banquetes espléndidos á los que concurría lo más granado del partido, y á la hora de los brindis se le ensalzaba hasta las nubes y se encomiaba su mérito militar muy por encima del de los más famosos capitanes de la antigüedad. Cuando se presentaba en el teatro la concurrencia le victoreaba entusiasmada, con gran mortificación y celos de Venegas, que era forzado testigo de aquellas manifestaciones consagradas á su antiguo rival.

Creyó el virey que no le era posible dilatar por más tiempo la concesión de gracias y ascensos que Calleja le había pedido con insistencia, sobre todo después de la batalla de Calderón, y poniéndose de acuerdo con éste, señaló el 9 de febrero para la distribución de los premios que merecían los armados sostenedores de la dominación. Entregóse, pues, en ese día á los jefes, oficiales y soldados un escudo mandado acuñar con anticipación, en que la cifra de Fernando VII estaba sostenida por un leon y un perro, símbolos del valor y la lealtad, y en la orla un lema que decía: Venció en Aculco, Guanajuato y Calderón, siendo de oro el escudo destinado á los jefes, de plata el de los oficiales y de plaqué el de los soldados. Pero los verdaderos premios consistieron en las promociones que fueron decretadas, concediéndose el grado inmediato á los jefes y oficiales del ejército veterano, y en éste, el mismo grado á los que eran coroneles de milicias. Extendióse esta promoción á todo el ejército de Nueva España, y de esta suerte, el odioso Cruz, que nunca se había distinguido ni en valor ni en espíritu militar, pero que contaba con todo el favor del virey, fué ascendido á mariscal de campo, y los jefes y oficiales de la división de Nueva Galicia recibieron también el grado inmediato. El padre Bringas, que acompañó constantemente á Calleja y que al empezar el ataque dirigido por éste contra Zitácuaro declaró haber visto en el cielo unas palmas como nuncios de victoria, fué premiado con el nombramiento de predicador del rey, y se agració con los honores de intendente de provincia á don Manuel Velázquez de Leon, secretario general del vireinato 1.

Las promociones que acabamos de citar, extensivas á los militares españoles que pocos meses antes habían llegado á la colonia, y la noticia de los altercados que ocurrieron entre el virey y Calleja, hicieron grandísimo daño al gobierno. Las primeras disgustaron á los americanos que habían defendido hasta entonces con las armas en la mano la causa de la dominación, pues no se les ocultaba que tarde ó temprano se verían postergados en su carrera, y la segunda, al difundirse, demostró que un general victorioso todo lo podía osar, y que la autoridad del virey, en otro tiempo tan reverenciada y tan temida, había venido muy á menos desde que el estado de guerra de la colonia exigía que los jefes militares ejerciesen un mando arbitrario en las zonas confiadas á su guarda, y un ascendiente personal é inevitable en los cuerpos de ejército puestos á sus órdenes.

Reconciliados, á lo menos en la apariencia, los dos más altos personajes del gobierno, atendió Venegas á dirigir contra Morelos el ejército del Centro, reforzado con algunos de los batallones que habían desembarcado en Veracruz hacia mediados de enero. En una larga

BUSTAMANTE. — Campañas de Calleja, págs. 167 y 168. — ALA-MÁN. — Historia de México, tomo II, págs. 480 y 481. — Suplemento á la Gaceta de México, núm. 181, correspondiente al 9 de febrero de 1812.

instrucción que dió á Calleja ¹, trazaba á grandes rasgos la situación militar de la colonia: la capital misma del vireinato rodeada de numerosas y audaces gavillas; el camino del interior interceptado por las partidas de los Villagranes y del cura Correa; henchidos de insurgentes el territorio de Michoacán y el rumbo de Toluca; ocupadas por ellos la mayor parte de la intendencia de Puebla y la provincia de Tlaxcala; cerrado al comercio el libre tránsito de la capital al puerto de Acapulco, y en peligro de que se interceptase la comunicación con el de Veracruz y la opulenta provincia de Oaxaca. Todos estos males y peligros creía Venegas que deberían cesar

cuando fuera destruído el cuerpo de ejército independiente mandado por Morelos. "Es, pues, indispensable, decía Venegas, combinar un plan que asegure dar á este corifeo y á su gavilla un golpe de escarmiento que los aterrorice, hasta el grado de que abandonen á su infame caudillo, si no se logra aprehenderlo.

"Sus principales puntos ócupados son: Izúcar, Cuautla y Taxco, habiendo destacado en estos últimos días una vanguardia que ocupó sucesivamente los pueblos de Totolapa, Buenavista, Juchí, Tlalmanalco y Chalco, la cual se ha replegado posteriormente á Totolapa y Cuautla, teniendo avanzadas en Buenavista."



Catedral de Tulancingo

Desarrollaba á continuación el virey su plan de campaña. Izúcar y Cuautla debían ser atacadas simultáneamente para dividir las fuerzas del enemigo, encargándose la expedición contra la primera de estas poblaciones á las tropas de la guarnición de Puebla reforzadas con el batallón de Asturias, y de la que había de avanzar hacia Cuautla el ejército del Centro, escalonando su marcha en Chalco, Tenango, Ameca, Ozumba y Atlatlauca. Como era de esperarse la derrota de los insurgentes y su fuga hacia el Sur, el virey terminaba sus instrucciones con la indicación de que las tropas de Puebla se destinasen á la persecución, en tanto que el

¹ Véase Apéndice, documento núm. 9. (Instrucción dada por Venegas al general don Félix María Calleja). ejército del Centro volvería á la capital para dirigirlo al rumbo que dictasen las circunstancias.

Activamente se procedió á alistar la expedición, y el 10 de febrero (1812) pudo salir de la capital una tropa de trescientos dragones destinada á reforzar la división de Puebla. El grueso del ejército del Centro se puso en marcha el día 12, y siguiendo el itinerario señalado en las instrucciones de Venegas, marchó sin obstáculo hasta acampar el 17 del mismo mes en la hacienda de Pasulco, distante dos leguas de Cuautla.

Pero antes de continuar refiriendo las operaciones del ejército realista y las heroicidades que presenció Cuautla, debemos seguir la marcha de los sucesos ocurridos en el resto de Nueva España después de la toma de Zitácuaro.

Hemos dicho que la Junta Suprema se refugió primeramente en Tlalchapa y luego se estableció en Sultepec, permaneciendo en este último lugar los vocales Liceaga y Berdusco, pues don Ignacio López Rayón, al frente de algunas tropas que pudo organizar, se había dirigido al rumbo de Toluca. Al lado de los primeros comenzó á distinguirse en aquella época don Manuel de Mier y Terán, oriundo de Tepeji del Río y que había terminado sus estudios en el colegio de Minería. Este distinguido joven abrazó con ardor la causa de la independencia, y llegó á ser una de las glorias más puras de la revolución. Acogido con entusiasmo por los independientes, recibió el grado de coronel, y desde luego se dedicó á fundir artillería estableciendo una maestranza y todos los talleres necesarios en el mineral de Sultepec, en tanto que el doctor Cos, desde la misma población, escribía y propagaba en las hojas del Ilustrador Americano las doctrinas en que apoyaban su heroico levantamiento á mano armada los defensores de la independencia.

Al retirarse de los Llanos de Apám la división de Soto-Maceda, á quien hemos visto sucumbir en el ataque de Izúcar, hacia los últimos días de 1811, quedó aquella vasta región desguarnecida casi por completo, y en consecuencia no tardaron en recorrerla numerosas partidas que extendían sus empresas hasta los confines de Texcoco, hacia el poniente, y las cercanías de Tulancingo por el rumbo del noroeste. A mediados de febrero, varias guerrillas al mando de Osorno, Olvera, Anaya y otros jefes de menor importancia intentaron un ataque á Tulancingo, defendido á la sazón por poco más de cien hombres á las órdenes del capitán don Francisco de las Piedras, quien ya había dado muestras de su esfuerzo en el combate que sostuvo en Mextitlán el 25 de octubre del año anterior. Rudo fué el choque que hubo de sostener esta vez, pues que los guerrilleros tenían prometido á sus soldados el saqueo de aquella villa floreciente; pero la muerte de Olvera los desconcertó por completo, y se retiraron después de un combate obstinado que ocasionó pérdidas considerables á defensores y asaltantes.

La división de García Conde, destacada del ejército del Centro cuando Calleja desocupó la villa de Zitácuaro, sostuvo desde mediados de enero una fatigosa campaña en las llanuras del Bajio, donde tuvo que habérselas con el renombrado Albino García, quien, rechazado de Guanajuato 1 y después de haber asolado las comarcas de Dolores y San Felipe, atacó sin éxito, pero con su brío de siempre, á la importante población de Irapuato. Por un momento abandonó el infatigable guerrillero la intendencia de Guanajuato, entrando en la de Michoacán para concurrir al ataque de Valladolid, proyectado por Muñiz y Navarrete. Pero con el propósito de impedir la reunión de las guerrillas independientes, don Torcuato Trujillo, que, como recordará el lector, mandaba en jefe

la importante capital de Michoacán, hizo salir en los primeros días de febrero al capitán Linares con trescientos hombres y tres piezas ligeras en busca de Albino, á quien encontró situado en las alturas del pueblo de Tarímbaro, con una multitud á caballo que el capitán realista afirmó en su parte exceder de cuatro mil hombres. Esta poderosa masa de caballería se echó impetuosamente sobre la corta fuerza de los realistas, quienes lograron desordenarla á cañonazos y quitarle seis piezas y más de seiscientos caballos, que fueron llevados en triunfo á Valladolid. Entretanto, Muñiz, que ignoraba el desastre de Albino, se presentaba en las lomas de Santa María el día convenido esperando verle llegar de un momento á otro. Trujillo, unido á Linares, salió á atacarle, y después de un corto aunque empeñado combate, logró derrotarle, quitándole diez piezas de artillería y tomándole grande número de prisioneros.

Pero el indomable Albino García, que á semejanza del fabuloso Anteo diríase que cobraba mayores fuerzas de cada desastre, volvió á su predilecta comarca del Valle de Santiago, donde reunió fácilmente á sus dispersos soldados, y se juntó á poco con las partidas de Escandón, los González, Salmerón, Camacho y el negro Valero. El brigadier García Conde (que había obtenido tal grado en virtud de la promoción general acordada por el virey) se dirigió en busca de esas guerrillas, entrando sin resistencia en el mismo Valle el día 15 de febrero, pues los insurgentes se retiraron anticipadamente, y García Conde hubo de retroceder hasta Celaya, su cuartel general, para acudir desde allí á los puntos que sus veloces enemigos amagasen.

No lo dejaron quieto mucho tiempo, nuevas guerrillas organizadas por el teniente general Reyes, el padre Pedrosa y otros, y que fuertes de cuatro mil hombres. seis cañones y abundante provisión de armas de fuego se habían adueñado de San Miguel el Grande, fortificándose en el cerro de la Cruz. García Conde envió en su contra al capitán Guizarnótegui con dos escuadrones, en tanto que el jefe realista de Querétaro García Rebollo destacaba en la misma dirección al comandante don Ildefonso de la Torre con dos batallones, combinando sus movimientos, de suerte que ambas fuerzas se hallasen frente al enemigo en la madrugada del 26 de febrero. Así lo hicieron, y juntas comenzaron el ataque, desalojando á los independientes del cerro de la Cruz, causándoles una gran pérdida y quitándoles toda la artillería. Entraron los vencedores en la villa de San Miguel, donde ordenaron varios fusilamientos, y dejaron expedito el camino que debía recorrer un convoy destinado á San Luis Potosí y que se hallaba detenido en Querétaro.

En la zona que cae hacia el norte de la Sierra de Guanajuato y en la que se extienden las llanuras de Dolores y las tierras de San Luis, menudeaban los combates de guerrillas con motivo del frecuente tránsito que por ella hacían los convoyes que iban y venían entre

¹ Capítulo XVI, lib. I.

San Luis y Querétaro. Reñido fué el que se empeñó el 4 de febrero en el santuario de Atotonilco, pues los insurgentes asaltaron un cargamento de quinientas barras de plata procedentes de Zacatecas. Salvólo, empero, el comandante don Ildefonso de la Torre, que avanzó hasta aquel punto á recibirlo, y que en su parte oficial consignó haber visto en el cielo, momentos antes de principiar la acción, una palma refulgente como promesa segura de victoria 1. También Calleja, un mes antes y próximo á dar la señal de ataque contra Zitácuaro, creyó ver en el cielo una nube en forma de palma, y así lo manifestó á los oficiales y soldados que se hallaban á su lado, los cuales difundieron la voz en todo el ejército. De la superchería de Calleja hizo un milagro el padre Díaz Calvillo, de la Profesa de México, quien lo atribuyó á la Virgen de los Remedios, protectora de los realistas, y escribió con este motivo un libro que fué mordazmente criticado por los partidarios de la independencia.

En la provincia de Oaxaca las crueldades y rigores que descargaron sobre los indígenas de Jamiltepec en noviembre del año anterior, los jefes realistas Ortiz de Zárate y Caldelas ² mantuvieron sujetos por algún tiempo á los pueblos de la Costa Chica; pero en el mismo mes hizo su aparición en la provincia don Valerio Trujano, destacado por Morelos para propagar la revolución en toda la Mixteca, que es la zona comprendida entre Oaxaca y Puebla. Silacayoapam fué tomada fácilmente por el valiente Trujano, como hemos visto en su lugar, y por momentos cundió el levantamiento en los pueblos de aquella áspera sierra. El comandante de la brigada de Oaxaca, don Bernardo Bonavia, levantó á gran prisa algunas tropas destinadas á combatir la independencia por aquel rumbo, poniéndolas á las órdenes del español don José Régules Villasante, vecino de Nochistlán, quien, ajeno hasta entonces á la carrera de las armas, se distinguía por su actividad y decisión á la causa realista.

Varios propietarios, entre ellos don Gabriel Esperón y don Juan de la Vega, levantaron tropas en sus haciendas y se pusieron de acuerdo para combatir á los independientes. Estos, al principiar el mes de enero (1812), considerándose bastante fuertes para tomar la ofensiva, avanzaron hasta Yanhuitlán, pueblo rico de la Mixteca, cuya iglesia parroquial, que fué en sus principios convento de dominicos, es un edificio capaz de servir á la defensa. En ella se fortificó Régules, con cuatrocientos infantes y cien caballos, cuidando de encerrar en la improvisada fortaleza víveres suficientes para el caso de sostener en ella un sitio dilatado. No tardaron en presentarse los insurgentes en número de tres mil hombres con tres cañones, tomando á los realistas una avanzada de veinticinco soldados, lo que le obligó á reti-

rar sus tropas todas al interior del edificio; pero haciendo luego una salida vigorosa, logró desbaratar á los sitiadores, tomándoles los tres cañones que llevaban y haciéndoles cuarenta prisioneros, que mandó fusilar en el acto, así como al gobernador y alcalde de los indios del pueblo que habían intentado unirse con los asaltantes. Régules salió al mes siguiente en busca del enemigo, á quien dió alcance en el pueblo de Teposcolula; mandaba á los insurgentes el comandante don Nicolás Bobadilla, y por algún tiempo se mantuvieron firmes en sus posiciones, pero arrollados después de dos horas de nutrido fuego dejaron en poder de Régules una culebrina y un cañón colocados en la altura que les había servido de defensa, considerable acopio de semillas y muchos prisioneros, que fueron fusilados inmediatamente, según la terrible costumbre de la época 1.

Al principiar el año alteróse nuevamente la Nueva Galicia, dando motivo á que desplegasen su crueldad de siempre Cruz, Negrete, Pastor y tantos otros que dejaron escritos con sangre sus terribles nombres en los anales de la independencia. El segundo de aquéllos, con la actividad que lo distinguía entre todos, se dedicó á perseguir las partidas de independientes que aparecieron á la sazón en los confines de Nueva Galicia y Michoacán, logrando destrozar una de ellas en las cercanías de Jiquilpán el 11 de enero. Al terminar el parte oficial, decía Negrete al sanguinario Cruz: "Me dice V. E. en su carta que tiene en consideración la continua fatiga de esta división, tanto más incómoda cuanto siempre huyen los enemigos de ella. No hay duda que esta última circunstancia la hace sensible, pero estos soldados son valientes á infatigables: en cuanto logran limpiar la tierra de algunos de los muchos monstruos que la asolan ya están descansados: es bien patente cuán dignos son de la consideración y recompensa de la patria, en medio de que no se han individualizado sus grandes servicios." Así, habíase adoptado por casi todos los jefes realistas el principio de que los partidarios de la independencia debían estar fuera de la ley y del derecho, y que más meritorios serían los servicios que hiciesen á la religión y al rey, mientras mayor fuese el número de monstruos inmolados por sus manos.

El coronel realista don Manuel Pastor, que dejaba siempre á su paso un reguero de sangre, podía también desbaratar en la primera quincena de enero, por sí ó por medio de los jefes que le estaban subordinados, varias guerrillas de independientes en Amatitán, Paso de Santa Rosa y Real de la Yesca. Otro de sus destacamentos alcanzó en las lomas de Tepetilti una victoria completa, desalojando una gruesa tropa insurgente que perdió algunos centenares de hombres, muertos en el campo, entre ellos el general don Tomás Rodríguez, cien fusiles, cuatro cañones y doscientos caballos.

¹ Perte de Torre publicado en la *Gaceta* correspondiente al 10 de marzo de 1812.

² Capítulo XVI, lib. I.

 $^{^{1}\,}$ Bustamante. — $Cuadro\ histórico,\ tomo\ I,\ pág.$ 381, edición de 1849.

Agitábase también, á principios de 1812, la provincia de Veracruz, que antes había permanecido tranquila, y no porque faltase á sus hijos el noble sentimiento del patriotismo, sino con motivo de la distancia que les separaba de la zona que vió nacer, propagarse y engrandecerse el levantamiento por la independencia. Además, la ciudad de Veracruz, bajo la dominación española, era el único puerto del Seno Mexicano habilitado para el comercio con la metrópoli, con exclusión del de los demás países de Europa y América; tal condición hacía que la mayor parte de sus habitantes se formase de españoles ricos y adictos á la península, tanto por patriotismo como por las cuantiosas ventajas que les producía el monopolio y el sistema prohibitivo. Es verdad que los hijos de la costa, en el resto de la provincia, eran partidarios de la revolución, pues descendientes en su gran mayoría de los antiguos esclavos allí transportados, sentían arder en su sangre la sed de venganza que se legan unas á otras las generaciones oprimidas; también simpatizaban con la insurrección no pocos de los habitantes de las tres grandes villas de la provincia, Jalapa, Orizaba y Córdoba; pero los elementos poderosísimos que abrigaba el puerto, contrarios todos á la independencia, bastaron para refrenar por largo tiempo al resto de la provincia 1.

Gobernábala el general don Carlos de Urrutia, mexicano de nacimiento, militar instruído y hombre de afables maneras; pero la principal autoridad residía en el Consulado y en los ricos comerciantes españoles que componían el ayuntamiento del puerto, regulando á su antojo la marcha de la administración pública, de tal suerte, que el gobierno político de la provincia pudiera decirse dirigido por don Pedro Telmo de Landero, entusiasta partidario de la dominación y teniente letrado de la intendencia.

A pesar de tantos elementos y tan poderosos, que habían logrado conservar sujeta aquella importantísima comarca de Nueva España, alentaban en el puerto mismo algunos partidarios de la independencia, distinguiéndose entre ellos don Tomás Murphy, don José Mariano de Almanza y don Juan Bautista Lobo, los tres mexicanos de nacimiento, pero respetados por los españoles más adictos á la causa de la madre patria, y no obstante este prestigio de que gozaban, viéronse obligados á disimular sus sentimientos entre hombres que no se los hubieran perdonado. Mantúvose en paz la provincia hasta marzo de 1811, en que los habitantes de las costas vecinas al puerto dieron señales de agitación, impidiendo la entrada ordinaria de los víveres; alarmáronse las autoridades y habitantes de Veracruz, y las primeras hicieron salir al coronel don José Antonio de la Peña á la cabeza de una fuerza expedicionaria, la que, después de sostener varios choques con las guerrillas de los costeños, regresó á la ciudad llevando la

noticia de que toda la zona que circunda á Veracruz estaba cubierta de partidas armadas. Pocos meses después apareció entre éstas y alcanzó sobre ellas decisiva autoridad, un hombre que llegó á ser muy notable en la historia de la independencia; llamábase don Félix Fernández, era oriundo de la apartada Sonora, y cuando se presentó á tomar partido por la revolución acababa de hacer sus estudios de jurisprudencia en el colegio de San Ildefonso de México. Sin que se sepa el momento preciso, ni el motivo que á ello lo obligó, este defensor ilustre de la independencia trocó luego su nombre por el de Guadalupe Victoria.

En el mes de enero (1812) la provincia entera, con excepción de sus poblaciones principales, se hallaba sublevada, y las masas armadas que proclamaban la emancipación recorrían las llanuras de la costa y las pendientes que conducen á la Mesa Central, amagando constantemente á Orizaba, Córdoba y Jalapa. Cerca de esta última y hacia el noreste, se halla el pueblo de Naolinco, situado en una meseta que defienden escarpadas laderas por los rumbos del sur y del oriente. Instalóse en él una junta revolucionaria que mantenía activas relaciones con los partidarios de la emancipación residentes en Jalapa, los cuales la instruían de todos los movimientos de las tropas realistas proveyéndola de abundantes recursos de todo género. La Junta se dedicó á organizar partidas que en breve se extendieron hasta Tepeyahualco, de la intendencia de Puebla, por el rumbo del poniente, y hasta las orillas de Veracruz, por la dirección opuesta, y frecuentemente enviaba á las goteras de Jalapa jefes osados que amagaban esta villa y forzaban á su guarnición á permanecer día v noche tras de los fuertes parapetos que construyó su comandante en las principales avenidas.

Con la toma de Zitácuaro, que dió tan rudo golpe al prestigio de Rayón, parecía inaugurarse favorable á las armas españolas el año de 1812. Así lo celebraron en todos los tonos los periódicos de México y los documentos oficiales de la época, prometiéndose anunciar en breve la completa pacificación de la colonia. Sin embargo, en este mismo año fué en el que los jefes de la independencia desplegaron una resistencia más ordenada y efectiva, y en el que las grandes masas de la tropa española y los renombrados generales que las mandaban sufrieron repetidos desastres, que no es justo achacar á casualidades de posición y á superioridad numérica, sino á bien dirigidas maniobras apoyadas en la firmeza de propósito y de carácter, lo cual no había distinguido la acción de los primeros caudillos. Acabamos de ver en el resumen precedente que la revolución, lejos de amenguarse con el golpe que recibió en Zitácuaro, renacía poderosa en varias provincias, y en otras aparecía formidable, precisamente en los dos primeros meses de 1812. La toma de la residencia de la Junta no realizó, pues, los pronósticos de los dominadores.

 $^{^1\,}$ J. M. L. Mora. — $M\acute{e}xico~y~sus~revoluciones$, tomo 1V, páginas 258 y 259.

Para compensar el descalabro de Rayón, que más daño hizo á la reputación militar de este constante propugnador de la independencia que á la causa misma, alzábase Morelos no lejos de la capital del vireinato con todo el prestigio de sus recientes y notables victorias. A fuerza de brillantes hechos de armas llamaba ya de preferencia la atención del gobierno vireinal, y éste lanzaba á su encuentro sus mejores tropas y al general

que siempre había tenido la victoria á sus órdenes. Del éxito de esta campaña creyeron unos y otros, independientes y realistas, que iba á depender la suerte de la revolución, pues vencedor Calleja, nada se concebía que pudiera contrastarlo en lo futuro, en tanto que triunfante Morelos, creían que no tardaría en amenazar á la capital de Nueva España, la que vería entrar luego en su recinto á las tropas victoriosas del Sur.